

# Una introducción al decrecimiento

## Resumen

El término decrecimiento ha adquirido un uso frecuente entre nosotros en el decenio inicial del siglo XXI. Aunque los primeros movimientos vieron la luz en Francia y en Italia, con el paso de los años han ido surgiendo redes por el decrecimiento en muchos países, incluidos, no sin alguna sorpresa, algunos emplazados en el Sur del planeta. Bien es verdad que, conforme a una percepción perfectamente respetable, la mayoría de las ideas que se vinculan con el proyecto que nos ocupa hunde sus raíces en tiempos más lejanos. Bastará con que recordemos al respecto el ascendiente que en su momento tuvieron las teorizaciones relativas al llamado crecimiento cero, los informes del Club de Roma o los escritos de pensadores como Nicolas Georgescu-Roegen o Ivan Illich. Más allá de lo anterior, buena parte de las propuestas formuladas, durante años, por algunas de las versiones del ecologismo político han bebido de fórmulas muy próximas a las del decrecimiento, hasta el punto de que no falta quien afirma que éste último no es sino un envoltorio ingenioso que permite arropar mejor, en términos de mercadotecnia, las demandas formuladas por aquél. En este texto nos contentaremos, sin más, con ofrecer una visión sintética, de franca vocación pedagógica, relativa al sentido fundamental de la propuesta del decrecimiento. En la bibliografía que se encuentra al final de este artículo el lector encontrará textos que permitirán ampliar sus conocimientos al respecto.

Carlos Taibo Arias  
Universidad Autónoma de Madrid

## 1. La crítica del crecimiento

El crecimiento económico es objeto de una franca, incontestada y universal idolatría en nuestras sociedades. En la versión que en éstas domina se suele vincular, de manera más precisa, con la cohesión social, con la preservación de servicios públicos razonablemente solventes y, en suma, con la no extensión de la desigualdad y del desempleo. Por decirlo de manera rápida, lo común es que se sobreentienda que allí donde hay crecimiento económico se revelará en paralelo, sin margen para la duda, una de las garantías fundamentales que permiten asentar el bienestar general.

Son muchas las razones que invitan a recelar, sin embargo, de tantas certezas. La primera de ellas apunta a que el crecimiento económico no genera, o no genera de manera necesaria, cohesión social. Recordemos al respecto lo que parece de todo punto evidente: aunque China ha crecido espectacularmente -como es sabido- durante los dos últimos decenios, nadie sostendrá en serio en estas horas que el país se halla socialmente más cohesionado que veinte años atrás. Algo de esto saben, por cierto, los críticos de la globalización en curso, acostumbrados a repetir

una y otra vez que, si bien ésta última ha podido saldarse a menudo en notables crecimientos económicos, lo más frecuente es que haya provocado preocupantes retrocesos en materia de cohesión social.

Una segunda queja de relieve la aporta el hecho de que el crecimiento económico se traduce con frecuencia en agresiones medioambientales literalmente irreversibles. La lógica de la economía de mercado no parece, en este terreno, la más adecuada para poner freno a esas agresiones, que con toda evidencia configuran un legado dramático para las generaciones venideras y sus derechos. Éstas últimas se ven afectadas también -y no es el que sigue un aspecto menor- por un progresivo agotamiento de los recursos básicos, y en singular aquéllos que afectan a las materias primas energéticas, que configuran una de las secuelas insorteables del crecimiento económico.

En un tercer estadio conviene subrayar que, en lo que respecta a los países emplazados en el Norte opulento, su crecimiento se explica, en mayor o menor medida, sobre la base del expolio de los recursos humanos y materiales de los países del Sur. Es ésta una dimensión a la que tenemos por fuerza que prestar atención, no vaya a ser que identifiquemos un conjunto de elementos saludables vinculados con el crecimiento y olvidemos que a menudo éste acarrea un deterioro de la situación de muchos seres humanos.

Agreguemos una cuarta y última razón que invita a mostrar recelos en lo que atañe a las presuntas virtudes del crecimiento económico: la certificación de que éste último facilita el asentamiento de lo que algunos autores han descrito como un *modo de vida esclavo*. En virtud de éste, y hagámonos eco del argumento mayor, estimamos ingenuamente que seremos más felices cuantas más horas trabajemos, más dinero ganemos y, sobre todo, más bienes acertemos a consumir. Los cimientos de buena parte de esta sinrazón son varios. Si uno de ellos es la publicidad -que nos invita/obliga a adquirir lo que no necesitamos y, llegado el caso, aquello que objetivamente nos repugna-, otro es el crédito -permite que consigamos los recursos precisos para comprar eso que no precisamos- y un tercero lo configura la caducidad -los bienes son fabricados de tal manera que dejan de servir en un período de tiempo muy breve, con lo cual nos vemos en la obligación de adquirir otros nuevos-<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Latouche, S. (2007), *Petit traité de la décroissance sereine*, Mille et une Nuits, París; pp. 33ss.

## 2. Los límites medioambientales y de recursos del planeta

Por detrás de todas las propuestas de decrecimiento despunta una conciencia clara en lo que se refiere a la hondura de un problema principal: el configurado por los límites medioambientales y de recursos que afectan al planeta. El perfil de ese problema en cuestión se ve marcado, en el momento presente, por varias circunstancias de relieve.

La primera de esas circunstancias nace del hecho de que, mientras la naturaleza ha tardado millones de años en forjar las materias primas que ha colocado a nuestra disposición -eludamos la legítima discusión relativa a si esta última expresión es la adecuada-, la especie humana está dilapidando esas materias primas en unos pocos decenios sin aportar al respecto ningún mecanismo apreciable de renovación. Las medidas correctoras de las agresiones medioambientales y del agotamiento de recursos son entre nosotros, por otra parte, menores, como lo atestigua en los últimos años lo ocurrido al calor del Protocolo de Kioto y de otros compromisos similares. A todo lo anterior se suma una formidable aceleración de los procesos de expolio y agotamiento, traducida en el hecho de que, con el paso de los años, se antoja cada vez más difícil reenderezar la situación y se hacen necesarios, para ello, esfuerzos sensiblemente mayores. Para que nada falte, en fin, y a tono con el discurso dominante, pareciera como si la resolución de todos estos problemas debiese afrontarse sin que nadie hubiese de perder de resultados de las políticas correspondientes.

El principal termómetro del problema que nos ocupa lo constituye sin duda la huella ecológica que, como es sabido, mide en sustancia la superficie del planeta, terrestre como marítima, que precisamos para mantener las actividades económicas hoy existentes. Todos los estudios relativos a la huella ecológica concluyen que hemos dejado muy atrás las posibilidades medioambientales y de recursos de la Tierra o, lo que es en los hechos lo mismo, que estamos chupando recursos que, dramáticamente, no van a estar a disposición de las generaciones venideras. La responsabilidad mayor, en lo que atañe al notabilísimo crecimiento operado en la huella ecológica en los últimos decenios, recae con claridad, y por añadidura, sobre los países ricos.

Ante un escenario tan delicado como el reseñado, no está de más que rescatemos dos opiniones que formuló en su momento Cornelius Castoriadis<sup>2</sup>, el fallecido filósofo grecofrancés. Con arreglo a la primera, Castoriadis expresó, mitad

<sup>2</sup> Citado en Ridoux, N. (2006), *La décroissance pour tous, Parangon/VS*, Lyon; p. 91.

con sorpresa, mitad con indignación, su estupor ante el hecho de que, en nuestras sociedades, quienes reclaman reformas políticas, económicas y sociales radicales son inmediatamente descalificados como si se tratase de utopistas incorregibles, en tanto en cuanto, y en cambio, nuestros dirigentes políticos, que en el mejor de los casos miran a dos años vista, a las próximas elecciones, se nos presentan como personas ecuanímes y sensatas que tienen respuestas objetivas para los problemas principales.

Castoriadis agregó que ante los problemas que nos acechan deberíamos actuar como lo haría lo que llamaba el *pater familias diligens*. El ejemplo que propuso al respecto es bien ilustrativo: imaginemos, decía, que a un padre le comunican que es muy posible que su hijo tenga una grave enfermedad. Parece que ese padre sólo podrá reaccionar de una manera: removiendo Roma con Santiago para colocar a ese hijo en manos de los mejores médicos y certificar o desmentir el diagnóstico. Ese padre, en cambio, no podrá reaccionar diciendo: "Si es posible que me hijo tenga una grave enfermedad, también es posible que no la tenga, con lo cual me inclinaré por quedarme cruzado de manos". Y, sin embargo, ésta es -parece- la actitud que la especie humana, o al menos la mayoría de sus integrantes, ha decidido asumir ante la crisis ecológica.

### 3. Necesidades, pobreza, felicidad

Como tendremos la oportunidad de subrayar inmediatamente, el debate sobre el decrecimiento se halla en el núcleo de discusiones importantes relativas a las necesidades, a algunos de los efectos paradójicos de la pobreza y a la condición, polémica, de la felicidad humana. Sirvámonos de algunos ejemplos para ilustrar lo que queremos decir.

Empecemos por lo de las necesidades y su satisfacción. Hace algo así como tres decenios, un premio Nobel de Economía, Wassily Leontieff, procedió a comparar -sin ninguna vocación de considerar, como se apreciará, las virtudes y las carencias de dos macrosistemas económicos- los sistemas de transporte de Estados Unidos y de China. Luego de certificar que el primero -medido en términos de kilómetros de autopistas, número de automóviles y consumo de gasolina por habitante y año- era significativamente más desarrollado que el segundo, se preguntó cómo uno y otro satisfacían las necesidades, cabe suponer que objetivas, de las poblaciones correspondientes. Al asumir esa tarea, Leontieff concluyó que el norteamericano medio -que residía a casi una hora en automóvil de su puesto de trabajo- tenía

que madrugar mucho, se veía inmerso con frecuencia en gigantescos atascos que dañaban sus nervios y hacían otro tanto con el medio ambiente, y comúnmente, y por añadidura, llegaba tarde a trabajar. El chino medio -que vivía a cinco minutos en bicicleta de su puesto de trabajo- podía dormir, por el contrario, una hora más que su émulo estadounidense, no padecía los efectos de atascos inexistentes y llegaba por lo general en hora a trabajar. Leontieff se preguntaba, claro, cuál de esos dos sistemas de transporte era más desarrollado -aquél que aparecía sólidamente retratado en los anuarios estadísticos, o, por el contrario, aquél que no tenía presencia alguna en éstos últimos-, asumiendo que se veía obligado a agregar que no deseaba en modo alguno olvidar que era más que probable que el chino medio no ingiriese el número de calorías necesario para llevar adelante una vida razonablemente digna.

Asumamos una segunda reflexión que pretende subrayar los efectos, eventualmente saludables, de algunas de las secuelas de la escasez y, en su caso, de la pobreza. En 2005 el gasto sanitario anual per cápita en Cuba ascendía a 236 dólares; en ese mismo año, la cifra correspondiente a Estados Unidos se elevaba, en cambio, a 5.274 dólares<sup>3</sup>. Por cada dólar *per cápita* destinado a sanidad en Cuba se gastaban 20, en otras palabras, en Estados Unidos. Y, sin embargo, las cifras cubanas en materia de esperanza de vida al nacer y mortalidad infantil resultaban ser muy similares a las norteamericanas. No sólo eso: en un estudio que realiza periódicamente la Organización Mundial de la Salud, y que pretende considerar cómo los habitantes de los diferentes países valoran los sistemas sanitarios respectivos, Cuba ocupaba en el año mencionado el puesto 36 del planeta, frente al lugar 72 que se reservaba a Estados Unidos.

Parece que salta a la vista que los datos que acabamos de manejar rompen con lo que cabe suponer que es un axioma intocable en economía: el que reza que, si yo destino veinte veces más recursos que tú a determinado menester, por lógica habré de obtener rendimientos sensiblemente superiores a los tuyos. Como puede apreciarse a la luz del ejemplo glosado, no era eso, en modo alguno, lo que ocurría con las prestaciones de las sanidades cubana y estadounidense. Importa sobremanera añadir, con todo, una observación: si la disparidad de rendimientos a buen seguro que mucho le debía a las prestaciones -que acabamos de invocar- de los sistemas sanitarios cubano y estadounidense, sobran las razones para concluir que despuntaban también otros factores importantes, paradójicamente relacionados con la escasez y la pobreza. Así, la dieta cubana, marcada por estos dos factores, reflejaba una presencia más consistente de frutas y verduras que la dieta común

---

<sup>3</sup> Ridoux, *op. cit.*; pp. 65-66.

en Estados Unidos, con efectos en términos de salud general fácilmente intuibles. Otro tanto cabría decir del sistema de transporte en la isla que, dada su precariedad, obligaba a los cubanos a caminar, o a emplear la bicicleta, mucho más que lo que lo hacían los norteamericanos, con consecuencias positivas, una vez más, en términos de salud general.

El tercer ejemplo que debemos rescatar nos recuerda que la renta *per cápita* en Estados Unidos es hoy más de tres veces superior a la que se registraba al terminar la segunda guerra mundial. Y, sin embargo, todas las encuestas parecen reflejar que el porcentaje de ciudadanos norteamericanos que declara ser cada vez más feliz ha ido claramente a menos, en tanto crecía, en cambio, el de quienes se confesaban cada vez menos felices<sup>4</sup>. Una máxima mil veces repetida afirma que "el dinero no hace la felicidad". Debemos administrarla con prudencia. Es verdad, por lo pronto, que en los estadios inferiores del desarrollo la disposición de dinero y de recursos claro que tiene que ver con la felicidad y, más allá de ésta, con el bienestar. Quien tenía problemas para comer y empieza a hacerlo con normalidad experimenta, naturalmente, un cambio sustancial en su forma de vida. Dejados atrás esos estadios inferiores, sin embargo, parece demostrable que el hiperconsumo al que con frecuencia nos entregamos en las sociedades opulentas es antes reflejo de una general infelicidad que la manifestación plerórica de un bienestar exultante. Uno de los filósofos griegos señaló al respecto, con buen tino, que "no es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita".

Enunciemos lo anterior de una manera diferente: desde mucho tiempo atrás en las sociedades del Norte se sobreentiende que cada nueva generación que va llegando vive indefectiblemente mejor que las anteriores. Hora es ésta de preguntarse si esa percepción está llamada a mantenerse en lo que se refiere a las generaciones que hoy son jóvenes. ¿Podemos garantizar que los integrantes de éstas van a disponer en el futuro de un puesto de trabajo, van a cobrar en su caso un subsidio de desempleo, se van a beneficiar de una pensión dentro de varios decenios? Parece obvio que las certezas han desaparecido al respecto, o, lo que es lo mismo, que nos hallamos ante una crisis ostentosa de la civilización capitalista que no deja de ser sorprendente una vez se han registrado un formidable crecimiento económico, por un lado, y una no menos formidable incorporación de nuevas y audaces tecnologías, por el otro. Y es que la civilización industrial ha acabado por perfilar fenómenos -así, y por rescatar tres ejemplos sonoros, la contaminación, el estrés y la obesidad- que obligan a recelar del buen sentido de la palabra *progreso* cuando se aplica a la ligera a la realidad contemporánea de nuestras sociedades.

---

<sup>4</sup> Latouche, S. (2006), *Le pari de la décroissance*, Fayard, París; p. 81.

Permitásenos agregar que, por detrás de muchas de las ilusiones ópticas que se hacen valer en esas sociedades de las que hablamos, es fácil apreciar el ascendente de instrumentos de medición de las realidades económicas indeleblemente lastrados por problemas graves. El más significativo de esos instrumentos es, naturalmente, el producto interior bruto (PIB). No se olvide que ese indicador valora en los mismos términos el gasto militar y el gasto social, no toma en consideración el oneroso trabajo doméstico que protagonizan ante todo las mujeres y estima que un árbol que se deja incólume en un bosque, de tal manera que se permite mantenga delicados equilibrios medioambientales, carece de interés en comparación con las posibilidades económicas que ofrece ese mismo árbol convertido en una mesa. En estas condiciones, la superación de la sacralización de la producción y del consumo reclama inexorablemente el despliegue de instrumentos de medición muy distintos de aquéllos de los que hoy disponemos.

#### 4. Reducir los niveles de producción y de consumo

A efectos de explicar la propuesta principal que un programa de decrecimiento plantea en relación con las sociedades del Norte opulento, bueno será que rescatemos un debate que se registró en España tres decenios atrás. Enfrentó entonces a un movimiento pacifista que empezaba a asomar la cabeza y a lo que hoy llamamos *sindicatos mayoritarios*: la discusión principal afectaba al porvenir de la industria productora de armamentos. Mientras los pacifistas reclamaban, sin más, el cierre de las fábricas correspondientes, los sindicatos se pronunciaban por mantener, ante todo, los puestos de trabajo.

Conforme a las propuestas del decrecimiento, de lo que se trataría es de sacar adelante una discusión de perfil similar, bien que ampliada a otros muchos sectores económicos, y en singular a los que guardan relación estrecha con el crecimiento sin freno registrado por la huella ecológica. Lo que las propuestas que nos ocupan señalan es que es preciso reducir sensiblemente -en su caso cancelar- la actividad de sectores económicos enteros. Estamos pensando, para entendernos, en la industria del automóvil, en la de la aviación, en la de la construcción, en la ya mentada industria militar y, por cerrar ahí una lista que podría ser sin duda más amplia, en la propia industria de la publicidad.

Ante una propuesta de esa naturaleza, es inevitable que alguien recuerde que se traduciría inmediatamente en un incremento espectacular en el número de desempleados en los Estados miembros de la Unión Europea. ¿Cómo resolveríamos

un programa de semejante magnitud? Haríamos uso, de manera simultánea, de dos fórmulas diferentes. Por un lado, y en primer lugar, estimularíamos el desarrollo de aquellas actividades económicas relacionadas con la atención de las necesidades sociales insatisfechas y con el respeto del medio natural. Por el otro, y en segundo término, procederíamos a repartir el trabajo en los sectores económicos convencionales que inevitablemente tendrían que pervivir. El efecto de esta doble fórmula, en términos casi individuales, es fácil de identificar: trabajaremos menos horas, quienes más ganan perderán parte de sus ingresos -no tiene sentido imaginar un programa de decrecimiento si no se ve acompañado de una redistribución radical de los recursos-, reduciremos nuestros a menudo hilarantes niveles de consumo y, en fin, dispondremos de mucho más tiempo libre. Parece que este horizonte es, por cierto, mucho más llevadero que el vinculado con lo que antes hemos descrito como un *modo de vida esclavo*.

En este punto es conveniente, con todo, realizar una precisión: la propuesta del decrecimiento no reclama -ésta es una obviedad- llevar a cero los niveles de producción y de consumo. Se trata, sin más, de reconducirlos para restaurar nuestra relación con el medio natural o, lo que es lo mismo, para devolver la huella ecológica a un estadio saludable. En un terreno paralelo, importa subrayar que el decrecimiento no es un programa que pretenda anular la alegría de vivir en provecho de una austeridad extrema. Sus referentes mentales no se vinculan con unos lamas que viven aislados en un monasterio en las cimas del Himalaya -por respetables que puedan ser-, sino, antes bien, con una reconstrucción, en todos los ámbitos, de una vida social lamentablemente preterida en virtud de la lógica de la producción y del consumo.

## 5. Otros valores

Cuando se examinan los textos de los principales teóricos del decrecimiento se descubre inmediatamente que no sólo reclaman, en las sociedades opulentas, reducciones significativas en los niveles de producción y de consumo: reivindican en paralelo la irrupción de principios y valores muy diferentes de los hoy imperantes.

¿Cuáles son, expresados casi telegráficamente, esos principios y valores? El primero lo acabamos de mencionar: la primacía de la vida social frente a la lógica de la producción, de la competición y del consumo. El segundo es el ocio creativo, contrapuesto a las formas de ocio que hoy se nos ofrecen por doquier, siempre vinculadas con el dinero y, de nuevo, con el consumo. El tercero es el reparto del

trabajo, una vieja demanda sindical que infelizmente fue muriendo con el paso del tiempo. El cuarto es el establecimiento de una renta básica de ciudadanía que permita hacer frente a los problemas inevitables que se harán valer al amparo del despliegue de un programa de decrecimiento. El quinto lo configura la necesidad inexorable de reducir las dimensiones de la mayoría de las infraestructuras productivas, administrativas y de transporte. El sexto lo proporciona la urgencia de recuperar lo local frente a la parafernalia desbocada de lo global, con un esfuerzo paralelo encaminado a instaurar la democracia directa y la autogestión. El séptimo y último, en fin, y ya en el plano individual, se reclama de la austeridad y de la sencillez voluntarias. Es importante subrayar, al respecto de esto último, que cualquier programa de decrecimiento sensato tiene que incorporar por necesidad una dimensión individual junto con otra de organización colectiva.

Hay quien se sentirá tentado de aducir que principios y valores como los invocados nos sitúan fuera del mundo, en la medida en que nada tienen que ver con la organización, pasada o presente, de las sociedades humanas. No parece, sin embargo, que sea así. Hay al menos cuatro terrenos diferentes en los cuales, con mayor o menor intensidad, en el pasado o en el presente, se han hecho valer reglas del juego como las mencionadas. El primero de esos ámbitos es el configurado por muchas de las prácticas históricas del movimiento obrero de siempre. Es verdad, eso sí, que aunque el ascendiente de los principios y valores reseñados se antoja más fuerte en el caso de la tradición libertaria, en modo alguno faltan en el de las restantes. Un segundo ámbito de interés lo aporta lo que en los últimos tiempos ha empezado a llamarse *economía de cuidados*. Ésta, protagonizada fundamentalmente por mujeres, y asentada ante todo en el cuidado amoroso de niños y de ancianos, no tiene las más de las veces carácter monetario y suele manifestarse de forma ecológicamente sostenible. El tercer ámbito lo ofrece, no sin paradoja, la propia institución familiar. Los neoliberales que todo dicen fiarlo en la *mano invisible* del mercado a buen seguro que no aplican las reglas del juego correspondientes en el interior de sus familias. Y es que lo común resulta ser que dentro de la institución familiar impere la lógica del don, del regalo y de la gratuidad. Un último terreno de manifestación de los principios y valores que nos atraen es el que llega de la mano de muchas de las prácticas de esos pueblos que nos empeñamos en calificar de primitivos y atrasados. Con enorme frecuencia los habitantes de esas comunidades humanas han conseguido demostrar su capacidad para resolver, conforme a claves como las invocadas, problemas razonablemente graves, una habilidad que -parece- hemos perdido lamentablemente los habitantes de las sociedades opulentas.

## 6. Demografía y tecnología

La propuesta del decrecimiento plantea problemas obvios en relación con dos cuestiones importantes: si la primera es la demografía, la segunda la configuran las posibilidades que podría aportar, en su caso, la irrupción de nuevas tecnologías.

En el discurso oficial se sobreentiende que los problemas demográficos se hallan en vía manifiesta de solución, toda vez que la población de la Tierra ha empezado ya a experimentar una reducción en su tasa de crecimiento. Según muchas estimaciones, esa población se estabilizará, en torno a 2050-2060, en 10.000-11.000 millones de seres humanos. A decir verdad, estas cifras no son en modo alguno tranquilizadoras: si hoy, con 7.000 millones de habitantes, arrastramos problemas graves, qué no estará llamado a ocurrir dentro de cuatro o cinco decenios cuando haya que mantener a varios miles de millones más de pobladores en un escenario indeleblemente marcado -no lo olvidemos- por una creciente escasez.

Claro es que la discusión que ahora nos atrae trasciende con mucho el terreno de la demografía. Si nos preguntamos, por ejemplo, cuántos seres humanos puede mantener el planeta Tierra, estaremos en la obligación de responder con un *depende*: depende de qué tipo de ser humano tengamos en mente. Si estamos pensando en los niveles de consumo de un campesino de Burkina Faso, la Tierra acaso puede mantener a 70.000 millones de seres humanos; si pensamos, en cambio, en un europeo occidental acostumbrado a viajar una vez al año a Cancún y otra a las islas Seychelles, las cosas cambian drásticamente... La respuesta a la pregunta formulada se ve determinada, claramente, por el modelo económico, social y ecológico que tomemos en consideración. Aun así, parece inevitable que desde el decrecimiento se reclame una activa política de control de natalidad que parta de la certeza de que, viviendo como vivimos en un planeta de recursos limitados, ni en este terreno ni en ningún otro, podemos aspirar a crecer ilimitadamente. Dicho sea de paso, no sólo estamos obligados a preguntarnos, como acabamos de hacerlo, por los integrantes de la especie humana: también debemos prestar puntillosa atención a los derechos de las demás especies que nos acompañan en el planeta.

Lo de la tecnología es harina de otro costal. Al respecto lo primero que conviene invocar son las consecuencias de la metáfora del *pater familias diligens* de la que antes nos hicimos eco. Proseguir enloquecidamente con determinadas prácticas en la confianza de que tecnologías que están por llegar aliviarán los resultados esperables de aquéllas parece poco inteligente o, en su defecto, muy arriesgado. Porque, ¿qué sucederá si esas tecnologías no se descubren o, en otra clave, no

son plenamente eficientes? La inferencia de que es posible que la especie humana llegue a controlar la ley de la gravedad no hace aconsejable que hoy empecemos a construir los edificios sin escaleras ni ascensores<sup>5</sup>. Esto al margen, lo suyo es recordar que la desconfianza con respecto al papel liberador de tantas tecnologías parece justificada, no vaya a ser que aquello que nos parecía la panacea resolutoria de muchos de nuestros males, se convierta, como ha sucedido a menudo en el pasado, en fuente principal de males adicionales. Sobran las razones para concluir, en suma, que las tecnologías que han ido emergiendo en el marco del capitalismo realmente existente son cualquier cosa menos neutras: como quiera que llevan en su trama, indeleblemente, la huella de la explotación, de la división del trabajo y de la jerarquía, parece ingenuo todo aquel planteamiento que dé por descontado que pueden utilizarse, sin más, en provecho de proyectos emancipadores.

## 7. Los movimientos por el decrecimiento

Ya hemos señalado que, en el sentido preciso de la expresión, los primeros movimientos por el decrecimiento vieron la luz, hace algo así como un decenio, en Francia y en Italia. De hecho son aún hoy esos dos países los que siguen proporcionando el grueso de la literatura especializada que alimenta a los movimientos. Lo que acabamos de señalar configura en sí mismo el cimiento de una paradoja: si es verdad que Francia e Italia cuentan con los movimientos por el decrecimiento más notables y arraigados, no lo es menos que la capacidad que esas redes han demostrado a la hora de llevar adelante las prácticas correspondientes ha resultado ser menor. Pareciera como si sucediese literalmente lo contrario, en cambio, en el mundo anglosajón: mientras en éste los movimientos son débiles -sea cual sea el término que empleemos para identificarlos-, al calor, por ejemplo, de las llamadas *Transition Towns* (Reino Unido), las ciudades en transición, han empezado a cobrar cuerpo materialmente iniciativas que beben con claridad de las propuestas *decrecentistas*.

Agreguemos que, en lo que a España se refiere, existe desde años atrás un activo movimiento por el decrecimiento en Cataluña. A él se han ido sumando, en los últimos tiempos y con singular intensidad, iniciativas en muchos lugares, de tal suerte que cabe afirmar, no sin búsqueda contradicción, que nos hallamos ante un movimiento en franco crecimiento. El estadio actual de la cuestión se caracteriza, por lo demás, por una visible carencia: aunque disponemos -parece- de una teoría

<sup>5</sup> Bonaiuti, cit. en *ibidem*, p. 52.

atractiva y bien fundamentada en lo que se refiere al decrecimiento, es urgente trabajar en las consecuencias que esa teoría debe tener en terrenos varios como el medio urbano y el medio rural, las mujeres y los inmigrantes, la sanidad y la educación, el mundo del trabajo y el del ocio...

La crisis general en curso a buen seguro que multiplica, en una de sus claves, el eco del mensaje *decrecentista*. No se olvide que éste último configura una respuesta interesante, original y hacedera a muchos de los problemas que los discursos oficiales se muestran manifiestamente incapaces de resolver. En ese sentido cabe recordar que el impulso que nos ocupa se despliega conforme a al menos dos pautas diferentes. La primera nace, cómo no, del trabajo de activistas que se desenvuelven en los movimientos sociales de siempre o que se han inclinado por crear redes específicamente dedicadas a la defensa de proyectos de decrecimiento.

Conviene prestar atención, sin embargo, a una segunda posibilidad: la vinculada con ciudadanos comunes que, sin establecer vínculos con movimientos de corte más o menos radical, han acabado por llegar a conclusiones similares a las que abrazan estos últimos. Si se trata de proponer un ejemplo de esta circunstancia, uno de los mejores es el que llega de la mano de algo ocurrido en los últimos años en los países escandinavos: nos cuenta que han sido numerosas las personas de cierta edad que, tras perder sus puestos de trabajo y toparse con enormes problemas para conseguir otros nuevos, han descubierto que, con ayudas públicas que acaso equivalían a una quinta o una sexta parte de lo que ganaban antes inmersas en el *modo de vida esclavo* del que ya hemos hablado, reduciendo sus desbocados niveles de consumo se encuentran con que su vida es mucho más agradable y llevadera. Reconozcamos, aun así, que en los países de la Europa occidental los movimientos por el decrecimiento han mostrado una escasa capacidad para atraer hacia sus ideas a partidos y sindicatos. La explicación principal parece ser sencilla: si en el caso de los partidos lo común es que impere con descaro una lógica cortoplacista que invita a considerar en exclusiva las perspectivas electorales inmediatas -y que acata con desparpajo, de resultas, las reglas del juego de los sistemas que padecemos-, en el de los sindicatos, en un proceso a la postre similar, es fácil apreciar una obsesión por salarios y empleos que traba la manifestación de cualquier otra inquietud, y que en singular se traduce en un manifiesto olvido de los derechos de las generaciones venideras.

Un último elemento de nuestro balance lo configura la relación del proyecto del decrecimiento con la situación de los países del Sur. Si alguien se pregunta por un eventual interés de ese proyecto para las redes sociales de muchos de esos

países, habrá que responder que lo tiene, si bien conforme a reglas distintas de las que defienden los movimientos *decrecentistas* en el Norte del planeta. Si bien sería absurdo que reclamásemos que reduzcan sus niveles de consumo los habitantes de países que tienen rentas *per cápita* treinta veces inferiores a la nuestra, estamos obligados a subrayar que estos habitantes deben tomar nota de lo que nosotros hemos hecho mal en el Norte opulento. Este designio explica por qué, y no sin sorpresa, han emergido iniciativas decrecentistas en los países del Sur. No se olvide que a menudo la condición de estos últimos es ambigua -muchos países se hallarían en los hechos a mitad de camino entre el Norte y el Sur-, que en su seno menudean las megalópolis que reclaman con claridad la aplicación de estrategias de decrecimiento y que con enorme frecuencia los movimientos sociales de los países pobres están descubriendo la enorme riqueza que, en materia de organización social solidaria y de relación fluida con el medio natural, esconden muchas de las comunidades autóctonas.

## 8. Sobre el término *decrecimiento*

Se ha discutido mucho acerca de la idoneidad del término *decrecimiento* para describir lo que tenemos entre manos. Los detractores de aquél subrayan que traslada una imagen negativa y que, de resultas, a duras penas puede atraer hacia la causa correspondiente a mucha gente. No parece, sin embargo, que, al menos a título provisional, sea así. El atractivo del término parece radicar, precisamente, en su dimensión provocadora o, lo que es casi lo mismo, en el designio de contraponer con claridad el *decrecimiento* y el *crecimiento* que se reivindica por todas partes. En ese sentido, parece que el término *decrecimiento* ha tenido una fortuna parecida a la que al cabo del tiempo le ha tocado al concepto de *antiglobalización*, contrapuesto al, más vago y menos contundente, de *alterglobalización*.

Es verdad que el éxito evidente que corresponde al término *decrecimiento* -el uso de este último se ha extendido con enorme rapidez, al mismo tiempo que, bajo su cobertura, muchos de los activistas del ecologismo político de siempre han visto cómo las adhesiones se multiplicaban- bien puede ser pasajero. Admitamos que hasta hoy, y en casi todos los lugares, los defensores del decrecimiento se han expresado comúnmente ante públicos afines o, al menos, no hostiles, con lo que queda pendiente de respuesta la pregunta relativa a lo que ocurrirá una vez alcancen a capas de la población no particularmente conscientes y concienciadas.

Aun así, y con carácter provisional, parece que la palabra que ha dado nombre a todo un complejo movimiento conserva sus capacidades de atracción, tanto más cuanto que remite de forma directa a una respuesta competente y original ante las crisis en curso.

## 9. Crisis, darwinismo social

Nos hemos acostumbrado en demasía a hablar de la crisis presente en singular, para identificar de esta suerte la modulación de aquélla que hemos dado en describir como *financiera*. Olvidamos, en cambio, que en la trastienda hay otras crisis, en plural. Anotemos las principales de entre ellas: el cambio climático, una realidad ya palpable que no tiene ninguna consecuencia saludable; el encarecimiento inevitable, en el medio y largo plazo, de los precios de la mayoría de las materias primas energéticas que hoy empleamos; el ahondamiento en la situación de explotación y marginación que padecen tantas mujeres en todo el planeta y, por dejarlo ahí, en suma, la prosecución del expolio de los recursos humanos y materiales de los países pobres.

Si cada una de estas crisis por separado es suficientemente inquietante, la combinación de todas ellas se antoja literalmente explosiva. Y ello es tanto más cierto en la medida en que las respuestas oficiales ante un escenario tan delicado como éste -tanto las neoliberales como las keynesianas- se antojan dramáticamente insuficientes. Si en el caso de las primeras, de las neoliberales, no deja de sorprender que reaparezcan a menudo las mismas políticas que han conducido a una situación muy delicada -con el añadido de que hoy es harto común que los defensores de las medidas correspondientes reclamen, sorprendentemente, intervenciones públicas que antes decían rechazar-, en el de las segundas, las keynesianas, hay que formular dos preguntas: la relativa a la dificultad de su aplicación por gobiernos que, formalmente socialdemócratas, llevan años desplegando a rajatabla programas neoliberales, y la vinculada con el certificable olvido de cualquier consideración seria en lo que se refiere a los problemas medioambientales y de recursos. La principal diferencia entre el escenario de hoy y el de 1929 radica, precisamente, en esto último: mientras ochenta años atrás esos problemas no existían o tenían un relieve menor, hoy estamos obligados a colocarlos en primer plano.

Así las cosas, y en el corto plazo, habrá que prestar atención a dos procesos de corte distinto. El primero nos habla de un renacimiento de los movimientos de contestación, beneficiados por una incipiente toma de conciencia por parte de mu-

chos ciudadanos. A título provisional bien puede afirmarse que un proyecto como el del decrecimiento, que hace unos años hubiera sido objeto de un rechazo tan rápido como palmario, encuentra hoy un eco inusitado. El otro proceso identifica, en cambio, una perspectiva inquietante: la de que algunos de los principales centros de poder político y económico, cada vez más conscientes de la escasez general que se avecina, pongan manos a la tarea de reservar en unas pocas manos los recursos escasos que están a nuestra disposición, en virtud de fórmulas que remiten a una suerte de *darwinismo social militarizado*. Nunca se subrayará lo suficiente la necesidad de examinar en detalle las políticas que, en ámbitos varios, desplegaron ochenta años atrás los nazis alemanes.

En este contexto conviene agregar que la propuesta del decrecimiento no ofrece, en modo alguno, respuesta a todos nuestros problemas. Más inteligente resulta sugerir que configura un agregado más que hay que sumar a los muchos elementos de contestación del capitalismo que se han ido forjando en los dos últimos siglos. Es verdad, eso sí, que no se trata de un agregado menor. Sobran las razones para afirmar que todo proyecto de contestación del capitalismo en el inicio del siglo XXI tiene que ser por necesidad *decrecentista*, autogestionario y antipatriarcal. Y es que, de lo contrario, estará aceptando, muy a su pesar, elementos centrales de articulación del capitalismo realmente existente. Las cosas como fueren, si no somos capaces de decrecer en virtud de un proyecto consciente, racional, paulatino, ecológico, social y solidario, acabaremos por decrecer, de mala manera, de resultas del hundimiento, sin fondo, del sistema que hoy padecemos.

## Referencias bibliográficas

- > Ariés, P. (2005), *Décroissance ou barbarie*, Golias, Villeurbanne.
- > Bonaiuti, M., dir. (2003), *Obiettivo decrescita*, Missionaria Italiana, Bolonia.
- > Cacciari, P. (2010), *Decrecimiento o barbarie*, Icaria, Barcelona.
- > Carpintero, Ó. (2006), *La bioeconomía de Georgescu-Roegen*, Montesinos, Barcelona.
- > Cheynet, V. (2009), *Objetivo: decrecimiento*, Leqtor, Barcelona.
- > García Camarero, J. (2009), *El crecimiento mata y genera crisis terminal*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

- > Georgescu-Roegen, N. (2007), *Ensayos bioeconómicos*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- > Gorz, A. (2008), *Crítica de la razón productivista*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- > Hamilton, C. (2006), *El fetiche del crecimiento*, Laetoli, Pamplona.
- > Illich, I. (1975), *La convivencialidad*, Barral, Barcelona.
- > Latouche, S. (2007), *Sobrevivir al desarrollo*, Icaria, Barcelona.
- > Latouche, S. (2008), *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona.
- > Latouche, S. (2009a), *Decrecimiento y posdesarrollo*, El Viejo Topo, Barcelona.
- > Latouche, S. (2009b), *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Icaria, Barcelona.
- > Linz, M.; Riechmann, J. y Sempere, J. (2007), *Vivir (bien) con menos*, Icaria, Barcelona.
- > Pallante, M., dir. (2008). *Un programma politico per la decrescita*, Per la Decrescita Felice, Roma.
- > Ridoux, N. (2009), *Menos es más. Introducción a la filosofía del decrecimiento*, Ediciones del Lince, Barcelona.
- > Sempere, J. (2009), *Mejor con menos: necesidades, explosión consumista y crisis ecológica*, Crítica, Barcelona.
- > VVAA (2008), "Decrecimiento sostenible"; monográfico de *Ecología Política* (35).
- > VVAA (2009), *El decreixement per salvar la Terra*, Una sola Terra, Barcelona.